COMEDIA

EN CINCO ACTOS, Y EN VERSO

TITULADA

QUERER Y NO QUERER

ó

D.ª CECILIA Y SUS VECINOS.

ORIGINAL

De Francisca Navarro.

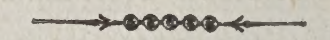
CON LICENCIA.

Barcelona: Imprenta de Torras, *plaza Nueva.*

Año 1828.

PERSONAS.

Doña Cecilia. Viuda de dos maridos.
Doña Elena. Soltera hermana de D. Francisco.
Doña Ines. Hija de D. Francisco.
D. Joaquin.
D. Enrique.
D. Cipriano.
D. Santiago. Novio de Doña Ines.
Teresa. Criada de Doña Cecilia.



La Escena es en la ciudad de Lorca. en una sala de casa Doña Cecilia.

ACTO PRIMERO.

Teresa. Antes de todo veamos
si estará el dia sereno,
ó si tendremos borrasca;
no he vísto en mi vida un genio
semejante al de mi ama;
es cuando le dá por serlo
la mismísima dulzura,
pero si se muda el viento,
al mismísimo demonio
se transforma en alma y cuerpo.
Cecilia. Teresa de los diablos: (*dentro.*)
donde estás que no te encuentro?
Teresa. Aqui estoy Señora; aqui.

Sale Cecilia.

Cecilia. En los profundos infiernos
fuera mejor que estuvieras:
y Tomás?
Teresa. Está allá dentro.
Cecilia. Entre ese bribon y tu,
me haceis perder el sosiego;
¡que criados!... que criados!...
no encuentro ninguno bueno;
maldita sea mi suerte,
yo no sé lo que me pesco:
estoy de tan mal humor,

que con todo el universo
acabara en un instante.
Si viniese el majadero
de D. Joaquin, le dirás
que me espere en este puesto,
y entra tu á darme el aviso. (*Vase.*)

Teresa. Que torbellino! reniego
de quien me trajo á esta casa.

Salen D. Joaquin y D. Enrique.

Joaquin. A Dios Teresa; me alegro
de verte tan buena chica;
¿Y tu ama?

Teresa. Está allá dentro;
Voy á decirla que venga,
tomen Vms. asiento. (*Vase.*)

Enrique. Que te parece Joaquin?
saldremos con nuestro empeño?

Joaquin. Yo no aseguraré nada
Enrique, allá lo veremos,
esta señora es muy rara,
á su semblante halagueño
sus gracias y su dulzura,
y su escesivo talento,
no hay hombre que se resista;
sus ojos despiden fuego,
su casa está siempre abierta
á los jóvenes atentos
que la quieren visitar;
la acompañan al paseo,
á la tertulia, al teatro,
mas que tenemos con eso?

en hablándola de amores
les dice que ya cumplieron
la comision de tratarla,
y les quita todo medio
de poderla ver, y hablar.
Enrique. Con todo, nuestro proyecto
es escelente, y quien sabe
si la cogemos á tiempo
que está en el cuarto de hora...
Joaquin. Ella viene aqui, silencio;

Sale Doña Cecilia.

A vuestros pies Señorita.
Cecilia. Servidora vuestra.
Enrique Bello semblante. (*ap.*)
Joaquin. Señora
que haya V. vuelto celebro
tan famosa, ha estado V.
divertida?
Cecilia. Es muy ameno
aquel parage, y á mi
me gusta el campo en estremo
he estado contenta, sí:
en lo que cabe.
Joaquin. Me alegro.
Señora Doña Cecilia
que disimule V. espero
la franqueza de traer
conmigo á este compañero
que llegó ayer de Madrid.
Cecilia. D. Joaquin V. es muy dueño
de esta casa, y á su gusto

puede disponer, yo tengo
la mayor satisfaccion
en que aqui este caballero
me favoreza, desde hoy
puede contar con mi afecto,
con mi casa y facultades.

Enrique. Mi inutilidad os ofrezco
Señora, y ya que he tenido
la dicha de mereceros
tanto favor, si os parece
usaré de él, vendré á veros.

Cecilia. Cuando gusteis con franqueza
podeis venir, que yo en ello
tendré un placer escesivo.

Enrique. Que melodia de acento,
que cariñosa que amable;
Joaquin es un embustero (*ap.*)
que me ha querido burlar,
lo sensible de ese pecho, (*á él.*)
es imposible que pueda
resistir á los estremos
de un amante enternecido.

Joaquin. Adelante, y lo veremos. (*ap.*)

Enrique. Dí que soy un marquesazo
como una loma. (*ap.*)

Joaquin. Al momento. (*ap.*)

Cecilia. ¿Cual es vuestro nombre?

Enrique. Enrique Señora servidor vuestro.

Cecilia. Mucho me gusta ese nombre
de conoceros me alegro
con este nuevo motivo
otro tanto mas.

Enrique. Ves eso?
hasta mi nombre la gusta; (*ap.*)
Señorita; yo no puedo
espresar mi gratitud.
Cecilia. Dejaos de cumplimientos
D. Enrique, yo soy franca;
lo he dicho como lo siento,
y no ecsijo gratitud
por un favor tan pequeño.
Enrique. Pues sea como gusteis.
Cecilia. Y venis por mucho tiempo
á esta ciudad?
Enrique. No Señora,
por ocho dias.
Cecilia. Lo siento.
Enrique. Ves? ya siente que me vaya; (*ap.*
ha seis meses que poseo
el título, y los caudales
que he heredado de mi abuelo,
y he de arreglar muchas cosas.
Cecilia. Sois un título? me alegro.
Enrique. Soy Marques de Monte-azul,
si en algo serviros puedo.
Cecilia. Jesus! sereis muy zeloso,
no dareis poco tormento
á la muger que os aprecie.
Enrique. La erramos de medio á medio. *ap.*
No es Monte-azul: Montezuma.
Cecilia. Eso es otra cosa, y puedo
saber á que habeis venido?
Enrique. Se lo digo? (*ap. á Joaquin.*)
Joaquin. Anda con tiento, (*id á Enrique.*)

que lo vas á perder todo.
Enrique. Hay mucho que hablar en eso
de mi venida Señora,
es un arcano, un secreto
que martiriza mi alma.
Cecilia. Si yo pudiera saberlo
tal vez os consolaria.
Enrique. Nadie mejor, pero temo
que si lo tomais á mal
me aborrezcais.
Cecilia. No lo creo,
Yo aborrecer? no es posible;
tengo el corazon muy tierno.
Enrique. Ay Señora yo os diria...
Cecilia. Pues decidme....
Enrique. No me atrevo.
Cecilia. Si teneis algun pesar
esplicadlo sin rodeos,
no juzgueis curiosidad
el deseo de saberlo,
solo quiero consolaros,
el mayor placer que tengo
es cuando aliviar las penas
de mis semejantes puedo.
Joaq. Mira lo que haces Enrique. (*ap. á Enr.*)
Enriq. Yo no te pido consejo. (*ap. á Joaq.*)
Cecilia. Si decirlo no quereis,
molestaros mas no debo;
quizá os conviene callar
y.....
Enrique. Señora, yo no puedo
por mas esfuerzos que haga,

disimular el objeto
de mi venida.

Joaquin. ¿Que haces? (*ap. á Enrique.*)

Enrique. Con tranquilidad y sosiego
vivia yo, sin que nada
me tuviera descontento,
me enseñaron un retrato
que podia ser modelo
de gracias, y perfecciones,
ay Señora! cuan ageno
estaba mi corazon
de la inquietud, que al momento
turbó mi paz, mi reposo;
yo que me juzgaba esento
de los tiros del rapaz,
siento avivarse en mi pecho
una llama tan activa,
un irresistible fuego
que me devora, y consume;
impelido del deseo
de ver el original,
sin vacilar, me resuelvo
á venir abandonando
mis asuntos, que consuelo
encontré cuando Joaquin
dijo, que es amigo vuestro;
de placer enagenado
á mi destino agradezco
tan feliz casualidad,
disimulad si el estremo
de mi pasion, me conduce
á deciros sin rodeos

que os amo, que os idolatro;
en mi tendreis el mas tierno
de los amantes, Señora,
yo soy.....

Cecilia. Un hombre grosero,
que me ha venido á insultar
atropellando el respeto
que se debe á una señora;
un insolente.

Joaquin. Me alegro. (*aparte.*)

Enrique. Yo no sé lo que me pasa.

Joaquin. No te lo estaba diciendo. (*á él.*)

Cecilia. Y V. Sr. D. Joaquin.

Joaq. Ahora si que entra lo bueno. (*ap.*)

Cecilia. Que ha presentado en mi casa
á este Señor, tan ageno
de la buena educacion,
marchese con él muy luego,
y guardese en adelante
de presentarme sugetos
tan derretidos y amantes,
y tan poquísimo atentos.

Joaquin. Reparad Doña Cecilia...

Cecilia. No apureis mi sufrimiento
y quien ha sido el villano
que sin mi consentimiento
ha sacado mi retrato?
ahora dirán los necios
que soy una vanidosa,
que de bonita me precio
siendo fea, y que se yo...
y V. Señor que concepto

habrá formado de mi,
que me dá noticia luego
de ser rico, y ser Marques?
juzga V. tan avariento
mi corazon, que se prende
aun antes que del sugeto
de títulos y fortuna?

Enrique. Perdonad si soy molesto,
ofenderos no creí
que no lo hiciera á saberlo.

Cecilia. Marchaos vuelvo á decir.
no sé como me contengo;
que tenaces, vayanse.

Joaquin. Señora ya obedecemos.
No me has querido creer, (*á Enrique.*)
el resultado estás viendo. (*Vanse.*)

Cecilia. Por fin se han ido, Jesus
que sofocada me encuentro,
no es para menos el caso,
que injuria! que atrevimiento!
ay que congoja; Teresa. (*Se desmaya.*)

Sale Teresa.

Teresa. Señora... pero que veo!
está con el patatús;
de esta hecha cuando menos
algun hombre enamorado
la habrá dicho, yo te quiero;
siempre que se ha trastornado
este ha sido el fundamento;
ellos se mueren por ella
y ella se muere por ellos,

los ama y no los admite,
esto es lo que yo no entiendo;
pero vuelve del desmayo.

Cecilia. Teresa, que desconsuelo,
casi me pensé morir.

Teresa. Señora cuanto lo siento.

Cecilia. Déjame á solas un rato.

Teresa. Si os repite, estoy á dentro
llamadme, y luego vendré. (*Vase.*)

Cecilia. Bien está. Válgame el Cielo!
que fatal es para mí
el tal acontecimiento,
yo que amaba á D. Joaquin
con el interés mas tierno,
verme en la dura ocasion
de arrojarle con desprecio
de mi casa, yo le amaba
ignorando si en su pecho
me concede algun lugar,
bien que á él le pasa lo mesmo,
porque yo jamás á nadie
confio mis pensamientos
en asuntos amorosos,
él no sabe que le quiero,
ni yo sé si él me querrá,
mas nuestras almas de acuerdo
pueden estar sin decirlo,
cuantos aman en secreto?
D. Enrique no es malito
si fuese menos grosero,
si me hubiera visitado
á lo menos año y medio,

y despues me hubiera dicho
que me amaba, santo y bueno,
pero en decirmelo ahora
no prueba ser muy discreto,
y él de mi hubiera formado
malditísimo concepto
si yo le hubiera admitido,
son los hombres tan perversos,
que nada toman á bien;
dicen sino los queremos
que somos unas ingratas,
y aun juzgan algunos de ellos,
que solo por vanidad
despreciamos sus afectos
fingiéndonos desdeñosas,
y si les correspondemos
se burlan, nos llaman necias,
dicen que luego creemos
que se mueren por nosotras,
siendo solo un pasatiempo
el mostrársenos rendidos;
yo que los amo confieso
quando ninguno me oye...
Ahora que caygo en ello,
si D. Joaquin me quisiera
no viniera de escudero
con el dicho D. Enrique.

Sale Doña Ines.

Ines. Doña Cecilia me alegro
que haya V. vuelto tan buena.
Cecilia. Ayer noche me dijeron

que estabas en el teatro
cuando llegué.
Ines. Y al momento
que vine y lo supe, quise
entrar en este aposento,
pero me dijo mi padre
que ya estaba V. durmiendo.
Cecilia. Si: vine un poco cansada.
Ines. En los tres meses y medio
que V. se ha estado en el campo
hay muchas cosas de nuevo;
me voy á casar muy pronto.
Cecilia. Y que tal el novio, es bueno?
Ines. Bien lo parece, mi tia
dice que es un caballero
que me conviene bastante.
Cecilia. Y conoces si su intento
será burlarse de tí?
Ines. No lo sé, pero no creo
que sea tal su intencion.
Cecilia. Y tu le amas con estremo?
Responde?
Ines. Doña Cecilia....
Cecilia. Ya sabes que yo te aprecio,
y me debes hablar claro.
Ines. Le diré á V. lo que siento:
á mi no me gusta mucho.
Cecilia. Y es tan corto tu talento,
que sin que el novio te guste
te casas?
Ines. Como es el genio
de mi tia tan adusto,

la verdad le tengo miedo;
y en todas las ocasiones,
hago, no lo que yo quiero,
sino lo que ella me manda;
yo deseo al mismo tiempo
salir de la esclavitud
en que me tiene, y por eso
he cedido.

Cecilia. ¡Que imprudencia!
siendo tu padre tan bueno
porque no le cuentas todo
lo que pasa?

Ines. No me atrevo,
me falta resolucion.

Cecilia. ¿El aprueba el casamiento
sin saber tu repugnancia?

Ines. Si Señora, en su concepto
me caso muy á mi gusto.

Cecilia. Tu le engañas segun eso,
diciendo que amas al novio.

Ines. No Señora.

Cecilia. Pues no entiendo.....

Ines. Es que mi tia le dice,
que amo á el novio, que deseo
casarme, que por rubor
callo cuando se habla de eso,
ayer mismo dijo padre
estando ese caballero
presente; Ines, hija mia,
ya sabes que no deseo
mas que tu felicidad.
este Señor me ha propuesto

ser tu esposo; yo no hallo
el menor impedimento
para que lo verifique,
pero si tu al himeneo
no tienes inclinacion,
ó no profesas afecto
al Señor, hablame claro;
y no temas que por eso
yo me incomode: mi tia,
con aquel mirar severo
que tiene, me insinuó
que respondiera, yo tiemblo,
y no sé que responder,
y ella dice, al himeneo
tiene bastante aficion,
aprecia á este caballero
y será feliz con él,
pero es tan corto su genio
que no te responderá.
Sin embargo yo deseo
(replicó entonces mi padre)
que ella me diga... no es cierto,
(mi tia le interrumpió
dirigiendo á mi su acento)
lo que yo he dicho hija mia?
yo bajé la vista al suelo
y dije que si entre dientes;
con esto padre ha resuelto
mi boda.
Cecilia. Que disparate!
y cual es tu pensamiento?
Ines. Casarme.

Cecilia. Con que casarte?
Ines. Y sino hay otro remedio,
que puedo hacer? diga V.?
Cecilia. Es un asunto muy serio
del que se trata hija mia,
tu corazon es sincero
conmigo, y con tu buen padre
con mas razon debe serlo;
si supieras el peligro
á que un frívolo respeto
te ha espuesto; te estremecieras;
es un yugo el casamiento
si con gusto se contrae
dulcísimo, es el consuelo
de dos personas unidas,
de dos fieles compañeros,
á quien su misma ternura
les hace mas llevaderos
los pesares de la vida,
uno á otro los defectos
se disimulan, que amor
es indulgente en estremo;
tienen una voluntad,
se sirven de un mismo lecho,
el uno está disgustado
si el otro no está contento,
y cuando el uno se ausenta
el otro está sin sosiego;
si llegan á tener hijos,
en ellos el fruto tierno
contemplan de su cariño,
sus caricias, embeleso

son de sus dias, y en fin,
no hay quien pueda por entero
esplicar de dos esposos
cuando lo son verdaderos,
las delicias hija mia;
cuan diferentes efectos
produce siendo á disgusto;
entonces el himeneo
es cadena tan pesada,
que no hay sublime talento
que la pinte, tal como es,
digalo quien su tormento
ha probado por tres años.
Ines, no permita el cielo
que te suceda otro tanto;
tu me ves mirar con tedio
á cuantos hombres ecsisten,
siendo mi pecho tan tierno,
tan sensible y amoroso,
que no habrá en el universo
quien me esceda en el amar;
yo me casé cometiendo
un error, que pagué caro;
lo demasiado severo
del caracter de mi padre
me alucinó, y presumiendo
salir de su esclavitud,
en otra mayor me veo;
yo no amaba á mi marido,
y no sé que fué primero
si casarme, arrepentirme,
desesperarme... no puedo

acordarme sin temblar.
El me amaba, y conociendo
que no le correspondia,
se introdujeron los zelos
en su corazon, y entonces
pasó de un amante tierno,
á un tirano el mas feroz,
me imponia mil preceptos
imposibles de cumplir,
me trataba con desprecio,
me insultaba á cada instante,
y ni aun tenia el consuelo
de llorar, sino á mis solas
por no irritarlo, el despecho
se apoderó de mi alma,
creció el aborrecimiento
que le tenia, y su vista
era mi mayor tormento;
cuanto hacia me ofendia,
me fastidiaba, y lo mesmo
le sucedia á él conmigo;
ni una hora, ni un momento
disfrutabamos de paz.

Ines. De escucharos me estremezco.

Cecilia. Pues aun no lo sabes todo.
Sobre poco mas ó menos
al año de estar casada
enviudé, y á poco tiempo
me apasioné ciegamente
de un jóven, que el mismo estremo
de amor me manifestaba;
me volví á casar creyendo

que teniéndonos amor
todo seria contentos,
felicidades... mas ay!
como me engañé! momentos
pasé sin comparacion
dichosos, pero cuan presto
voló mi felicidad!
descubrí que sus afectos
eran fingidos, que amaba
unicamente el dinero
que malgastaba á mi costa,
que de casarse, el objeto
fue disipar mi caudal,
que amaba á otra muger, zelos,
penas, incomodidades,
cuanto sufrí! mis lamentos
oia con frialdad,
yo procuraba atraerlo
con halagos, con finezas,
todo era inútil, él ciego,
obstinado, no escuchaba
mis quejas, mi sufrimiento
se apuraba, en fin la muerte
deshizo el nudo tremendo
de nuestra union, y á pesar
de su conducta y defectos
sentí su perdida mucho,
y cada vez que me acuerdo
vierto lágrimas por él.
Ines. No llegó V. á aborrecerlo
siendo tan ingrato?
Cecilia. No.

Odiaba sus malos hechos,
y á mi pesar le queria.
Ines. Pues yo no sé como hacerlo,
el caso es que ya mi padre
las cosas va disponiendo
para mi boda, y el novio
ha consentido ya en ello,
si yo me opongo, mi tia
se pondrá furiosa, y temo
que tenga malas resultas;
por otra parte estoy viendo
con lo que V. me ha contado,
que seré infeliz si cedo,
porque yo no amo á ese hombre;
de mi tia en el concepto
le amaré cuando me case,
aunque ahora no le tengo
aficion, ella me dice
que los que se aman primero
no son despues tan felices.
Cecilia. ¡Que equivocacion! mas creo
que ella tiene un interés
en que te cases, su zelo
por colocarte no es puro,
tu padre es tan majadero
en tratando de su hermana,
que cree que es un modelo
de virtudes, yo al contrario,
pienso no lo es en efecto
sino solo en apariencia,
y aunque me parece espuesto
desengañar á tu padre,

pues será contradiciendo
la opinion de Doña Elena,
no quiero mirar respetos,
voy á evitar tu desgracia,
le hablaré á tu padre; cuento
con que digas verdad cuando
te pregunte.....

Ines. Lo prometo.

Cecilia. El está fuera de casa?

Ines. Si señora.

Cecilia. A mi aposento
me voy, tu me avisarás
cuando venga, quiera el cielo
que salga bien con mi empresa,
y si llegas con el tiempo
á ser dichosa, dirás
á Doña Cecilia debo
el bien que disfruto ahora,
y en medio de tus contentos
me bendecirás mil veces.
¡A! si á todo el universo
pudiera hacer venturoso,
y serlo yo al mismo tiempo!

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Cipriano y Doña Elena.

Cipriano. Alabado sea Dios.

Flena. Por siempre sea alabado.

Cipriano. No encontré á nadie hasta aquí.

Elena. Todos están ocupados,
Inesita ha entrado á ver
á Doña Cecilia.
Cipriano. Y cuando
se casa por fin?
Elena. Muy pronto,
aunque mucho me ha costado
he podido convencer
á Francisco, es tan pesado
en resolverse, queria
con rodeos dilatarlo,
yo le ponderé el amor
que tiene á D. Santiago
Inesita, aunque no sea,
el mentir en tales casos
no es culpa grave, le dije
que á pesar de mi cuidado,
pudiera ser que algun dia
estando fuera, el diablo
tentase á los pobres novios,
y sucediera un fracaso;
al fin consintió en casarla
como lo mas acertado;
¡ay! que felices seremos
cuando sin ningun reparo
podamos de nuestras cosas
hablar á menudo, y claro,
sin cifras ni abreviaturas.
Cipriano. No se tardará en lograrlo
casandose tu sobrina....
Elena. Se consigue en algun tanto
pero por entero no;

está empeñado mi hermano,
en vivir en esta casa,
porque está aparroquianado
de muchos años en ella,
muchas veces he tocado
yo este punto, y no he podido
adelantar nada; cuando
le digo, que aunque se mude
está bien acreditado,
y que buscarán su tienda
aun en lo mas retirado;
me dice que un comerciante
no debe andarse mudando,
que ademas está esta casa
en un parage muy sano,
que el jardin le gusta mucho,
y que fuera dar un chasco
á Doña Cecilia, dice
que nos hizo un agasajo
en no echarnos á la calle,
que fué atenta, y yo no hallo
que hiciera ningun favor;
perdió en el año pasado
un pleito, y perdió la casa
que habitaba hace ocho años,
se quiso venir á esta,
y no fué mal calculado
el cedernos la mitad,
un alquiler bien pagado....

Cipriano. Hablemos de nuestras cosas
y dejemos eso á un lado,
que tiene que ver la casa....

Elena. ¿Que tiene que ver? canario
si tiene que ver, no es nada,
el que nos estén notando
los vecinos las acciones.
Cipriano. Ellos se están en su cuarto
y vosotros en el vuestro.
Elena. Pero si de cuando en cuando
quieren entrar, quien lo impide?
sabrán si yo estoy rezando,
si hablas tu conmigo á solas,
y si por caso tratamos....
no es regular que se enteren....
pero lo que mas cuidado
me dá, es Ines, ella si
que con el tiempo, á mi hermano
podia enterar de todo.
Cipriano. Mas los demas no harán caso
de lo que no les importa.
Elena. Yo veo el mal remediado
en casándose Inesita,
buen trabajo me ha costado
hacer ceder á su padre,
no, no, yo no quiero cargos
de conciencia, ella veria
como nosotros hablamos
tan de cerca, y con el tiempo
quizás hiciera otro tanto.
Yo rezelo que Inesita
pasará algunos trabajos
en casándose, que el novio
no le gusta, pero el caso
es quitarla del peligro

del mal ejemplo.
Cipriano. Me encanto
al contemplar tus virtudes.
Elena. Pero estamos malogrando
el tiempo, me adoras?
Cipriano. Sí.
y tu á mi?
Elena. Yo en e' pantano
me he metido de tu amor,
y no saldré en muchos años;
pero ahora que me acuerdo,
en conversacion mi hermano
está con Doña Cecilia
porque ayer llegó del campo,
y ahora poco entró á ver
como la noche ha pasado,
no quisiera que saliera
hallándonos manò á mano,
yo me voy á mis quehaceres,
dá tu una vuelta entretanto;
despues bajaré á la tienda
para aprovechar el rato
(*Con los dedos espresa agarrar lo que pueda.*)
mientras mi hermano está fuera.
A Dios dueño idolatrado.
Cipriano. Elena de las Elenas,
objeto de mis encantos,
á Dios.
Elena. Que discreto y lindo
es mi amado Cipriano. (*Vase.*)
Cipriano. A fe mia, que esta vieja

es mas mala que el diablo,
hipocritona, embustera,
tiene un corazon de marmol,
sacrifica á su sobrina
por tener mas libre campo,
para sus vicios, y estafas,
está robando á su hermano,
y el pobre nada rezela;
ella interpreta por malo
lo que hacen los demas bueno,
yo á cuanto me dice callo,
y me voy con la corriente
porque no tengo un ochavo,
y si no fuera por ella
ayunaria al traspaso.
Vamos á dar un paseo. (*Vase.*)

Sale D. Francisco.

Francisco. Estoy aturdido, vamos
jamás lo hubiera creido
de mi hermana, desengaños
se ven en el mundo siempre,
mas el que yo estoy tocando
es ya de marca mayor,
yo hubiera sacrificado
á mi hija sin querer,
cuanto tiene un padre! cuanto!
que velar sobre sus hijos
ya sean buenos, ó malos,
que de peligros los cercan;
de mi hermana á los cuidados
entregué yo á mi Inesita,

y estaba tan confiado
en que su tia la amaba
cual madre, que recelado
nunca hubiera lo que pasa,
á no habérmelo avisado
esa muger celestial,
esa muger, cuyos rasgos
de nobleza, y de virtud,
estarán siempre grabados
en mi pecho, que interés
se tomaba al esplicarlo,
tan vivo, con que elocuencia
me pintaba el resultado
de un matrimonio á disgusto,
¡oh cuanto me han encantado
sus primeras espresiones!
D. Francisco, es muy estraño
que teniendo V. talento
se haya V. asi descuidado,
en educar por sí mismo
á su hija, equivocados
estan los padres que encargan
tal comision á un estraño,
yo como á tal considero
en un empeño tan arduo,
á la mas tierna amistad,
al pariente mas cercano;
si se casara Inesita,
V. fuera su tirano
sin saberlo, su verdugo,
por no haber ecsaminado
á fondo su corazon;

no sabe V. cuan amargo
le hubiera sido despues
conocer que habia errado,
que su Ines era infeliz,
pero que habia llegado
la noticia á V. tan tarde,
que ya estaba echado el fallo
á la suerte de su hija;
tiemble V. de imaginarlo.
Esta fué la introduccion
de su discurso, Dios santo!
aun me parece la oigo;
aquel tono autorizado
de la razon cual persuade!
mas aun no he premeditado
como evadirme del yerno
sin que Elena... me ha encargado
tanto Ines que nada diga
por ahora... yo no hallo...
Pero Joaquinito viene.

Sale Joaquin.

Joaquin. D. Francisco como estamos?
Francisco. Muy bien D. Joaquin, y V?
Joaquin. Yo estoy siempre á los mandatos
de V.
Francisco. Muchísimas gracias.
Joaquin. Mucho siento incomodaros.
Francisco. No crea V. me incomoda,
antes para mi es muy grato
se proporcione servir
á los amigos en algo.

Joaquin. Diré á V. lo que me pasa,
algun tiempo he frecuentado
como V. sabe, la casa
de Doña Cecilia, usando
de aquella misma franqueza
que ella conmigo ha gastado
le he presentado un amigo
á quienes ha agasajado
como acostumbra, él y yo
habiamos proyectado
hacerla entrar en carrera...
hacerla querer, el caso
es que mi amigo le dijo
que vió en Madrid su retrato,
que era Marques, que la amaba,
y nos puso como un trapo
á los dos, nos despidió,
yo ya estaba rezelando
lo mismo que ha sucedido,
pero aquel atolondrado
fué un imprudente, le dije
que fuese tentando el vado
poco á poco, y se empeñó
en ir de golpe y porrazo,
y á la primera visita
desembuchar, aun yo estraño
en su genio y su viveza,
que no nos rompió los cascos;
yo la estimo, su franqueza
hace agradable su trato,
quisiera continuar,
y porque no me dé el chasco

de volverme á despedir,
que V. la hablara he pensado,
disculpandome.
Francisco. Ya entiendo,
yo lo haré, pero no salgo
garante de las resultas,
ya sabe V. que es muy raro
en esa parte su genio.
Joaquin. Bien lo sé, demasiado,
y no sé á que atribuir
tal estravagancia, es claro
que aqui se encierra misterio,
en medio de un despejado
talento como el que tiene,
esa mania... no alcanzo...
es para volverse loco.
Francisco. Sabe V. que he proyectado
descubrir el fundamento
de su rareza? pensando
estoy como emprenderé
esta obra, ahora acabo
de ver en ella una accion
que confieso me ha dejado
aturdido, su alma es grande,
su corazon no es helado
cual nosotros suponemos
por lo que hace, hay arcano
como V. dice en su obrar
y yo voy á averiguarlo,
ó al menos pondré los medios.
Joaquin. Haga V. por indagarlo,
me alegraria saberlo,

al mismo tiempo, mi encargo
no descuyde V., me voy
que tengo mucho trabajo
esta mañana; hasta luego. (*Vase.*)

Francisco. Está bien. Pobre muchacho.
su sinceridad me gusta,
pero no me gusta tanto
su aficion á visitarla,
si sacaremos en claro
que tendré yo zelos de el?
lo cierto es que ha mas de un año
que vino Doña Cecilia
á esta casa, y que prendado
quedé á la primera vista,
de su hermosura y su agrado,
que estando aqui no me pasa
sin verla un dia, y la hallo
mas afable cada vez;
mientras ha estado en el campo
la echaba bastante menos,
si sera amor disfrazado
en amistad el que le tengo?
no seria nada estraño;
lo que por Ines ha hecho
el corazon me ha robado,
y la quiero doble mas
que antes, pero es el caso
que nadie quererla puede
sin tenerselo callado
y....

Sale Ines.

Ines. Padre.

Francisco. Hija mia que
quieres? dí.
Ines. Yo estoy temblando.
Francisco. Temblando? porque?
Ines. La tia
me insultará.
Francisco. Desgraciado
del que se atreva á ofenderte
viviendo yo.
Ines. Sin embargo,
no diga V. por ahora
nada de lo que ha pasado,
se lo encargo á V. de nuevo.
Franc. Te daré ese gusto, vamos,
y dilataré la boda
con cualquier pretesto.
Ines. Cuanto
le debo á V. padre mio!
deme V. á besar la mano
y me iré.
Francisco. Adonde?
Ines. A bordar,
que habrá la tia notado
que me he detenido mucho
con Doña Cecilia hablando.
Fran. Anda con Dios hija mia. (*vase Ines.*)
Hoy me parece la hallo...
pero Teresa se acerca,
y voy á ver si adelanto
algun terreno. Teresa?

Sale Teresa.

Teresa. ¿Que manda V.?

Francisco. Estoy pensando
que tu me puedes sacar
de una duda, cavilando
sobre la contradiccion
del caracter tan estraño
de tu Señora, estoy siempre
sin poder sacar en claro
la causa de esta mania,
si tu me dijeses algo
acerca de esto, seria
gran ventaja para entrambos;
para tí, porque ademas
de mi afecto, un buen regalo
tendrias mas que seguro,
y yo en habiendo saciado
mi curiosidad, tranquilo
me quedaba.

Teresa. ¡Que marrajo! (*aparte.*)
pero sea lo que quiera,
á mi me importa el regalo
mas que callar, D. Francisco, (*á él.*)
yo no soy muger que hago
caso de los intereses,
sin mezcla de ellos, si en algo
puedo complacer á V.,
sin poner ningun reparo
lo haré.

Francisco. Asi lo considero;
pero hacerte un agasajo
es gusto mio, yo creo
que con esto no te agravio.

Teresa. No, de ninguna manera; (*ap*).

me hace V. favor, al grano.
V. quiere que le diga
lo que yo estoy observando
en mi ama de continuo?
Francisco. Justamente.
Teresa. Pues es raro
todo lo que en ella veo,
tiene dias, que un buen rato
podria dar á cualquiera
que la estuviera escuchando,
riñe sin saber porque,
no come, coge los trastos
y los tira por el suelo
cual hicieran los muchachos;
maldice su suerte, llora,
se tira del pelo... Vamos
es por demas lo que hace,
yo siempre estoy acechando
por detras de la manpara,
y á veces entiendo algo
de lo que dice, una vez
ví que estaba pateando,
despedazando un pañuelo,
y la oí que sollozando
pronunciaba estas palabras:
« que infeliz soy! hasta cuando
me seguirá la desgracia!
hasta la muerte; que amargo
es el vivir para mí
con mil pasiones luchando!
¡ó nunca hubiera nacido!
los hombres son tan ingratos,

tan viles, tan... yo no sé
lo que por mí está pasando;
yo á todos arrancaria
el corazon por mi mano,
ellos han puesto las leyes,
y para sí han apropiado
derechos que deben ser
comunes, esos malvados
que se precian de sensibles,
y no son sino tiranos;
de que me sirve la vida!
siempre sufriendo; callando
víctima de un pundonor
injusto." Y se entró llorando
al gabinete; otras veces,
sucede por el contrario,
como una niña se pone
á jugar, tiene un agrado
con todos que encanta, entonces
si alguna falta le hago,
me la disimula, rie,
me trata con mucho alago,
come y trabaja con gusto,
se pasea por el campo;
mas suele durar muy poco
esta serenidad, hablando
alguna cosa de amor,
ó una planta contemplando,
vuelve á su melancolía,
y llorar acostumbrado.
Franc. Pues habla cosas de amor?
Teresa. No se despegan sus labios

cuando está sola conmigo,
que no se mezcle un pedazo
del Dios Cupido.

Francisco. Esta es buena,
dime muchacha, has notado
si quiere algun hombre?

Teresa. No:
al contrario se ha obstinado
en aborrecer á todos.

Francisco. Acaso le habrán jugado
alguna mala partida,

Teresa. Como puede ser? si cuando
alguno le manifiesta
en sus espresiones algo
que toque de resbilon
á lo amoroso, insultado
se vé sin saber por donde
le ha venido, pero el caso
es que asi que ellos se van,
le dan esos arrebatos,
esa desesperacion
que se haria mil pedazos
ella misma, y muchas veces
se trastorna; ha poco rato
que la encontré desmayada;
habrá dos horas.

Francisco. Ya caigo
por lo que seria, dime
no has hecho nunca reparo
si viene alguien con reserva?
ó si le traen recados,
cartas, ó si sola...

Teresa. Nada,
ni de mi se ha separado
en tres años que la sirvo,
pues si sale la acompaño,
y en casa me estoy con ella
y duermo en su mismo cuarto,
estoy bastante segura
de que no tiene entablado
festejo ni galanteo.
Franc. Pues entonces que diablos?..
D. Joaquin bien á menudo
la visita, y de su trato
creo no está mal contenta.
Teresa. En esto no hay que hacer alto
tambien la visita V.
sin haber nada de malo.
Francisco. Y acaso aunque la quisiera,
es malo el amar?
Teresa. Han dado
en interpretarlo asi
las gentes.
Francisco. Vamos, no hallo
la causa de un proceder
tan confuso, y tan estraño
si es verdad lo que me dices.
Teresa. Me atrevería á jurarlo
delante del mismo...
Francisco. Basta:
quien dos veces se ha casado,
quien llora y se desespera
á los hombres acusando
de inconsecuentes... de injustos...

ya creo haber aclarado
este enigma, la infeliz
el Japon habrá pasado
con los maridos, y ahora
teme dar con un malvado
que le vuelva hacer sufrir
lo que aquellos, el estado
de una muger mal casada
tan al vivo me ha pintado
cuando me hablaba de Ines,
que es preciso haya pasado
por ella, no queda dada.
Teresita te has portado;
baja á la tienda esta tarde
cuando yo esté, y sin reusarlo,
del género que te guste
elige vestido.

Teresa. Tanto
favor, Sr. D. Francisco?

Francisco. Calla, y haz lo que te mando.

Teresa. Está muy bien; yo aseguro (*ap.*)
que no elegiré el mas malo.
¿Quiere V. algo mas Señor?

Francisco. No.

Teresa. Me voy á mi trabajo;
hasta despues D. Francisco. (*Vase.*)

Francisco. Anda con Dios. Trastornado
me tiene la tal Cecilia,
y lo que estoy recelando
es que no solo la aprecio
sino que la estoy amando,
este interes por saber...

si... es amor no hay que dudarlo;
mas como poner las miras
en ella, si ha declarado
á todos los hombres guerra?
si desprecia á los muchachos
de veinte, hasta veinte y cinco;
que hará con un mamarracho
que pasa de los cuarenta?
los jóvenes sin embargo
le causarán mas temor
siendo lo que yo he pensado,
ademas ellos no tienen
tanta esperiencia, que paso
de comedia tan gracioso
seria dar yo en el clavo,
y lograr lo que no puede
un jovencito preciado
de su mérito, y figura;
es preciso poner cuantos
medios estén á mi alcanze,
voy á discurrir despacio
á mis solas algun plan
de ataque, y en alcanzando
solamente que me oiga
tengo mucho adelantado,
al menos mas que los otros
y esto para mi es un lauro.

ACTO TERCERO.

Doña Cecilia sola.

Cecilia. Válgame Dios! cuanto hago
es un puro desatino;
sofocar á D. Joaquin
y á D. Enrique su amigo!
arrojarlos de aquel modo
de mi casa! que delirio
se apodera de mi, siempre
que algun amante rendido
me esplica sus sentimientos?
que funesto es mi destino!
quiero, y deseo me quieran,
y cuando aquesto consigo,
soy yo misma, loca y necia,
quien de mi dicha me privo;
yo no puedo ser feliz
sino amando, es tan activo
de mi corazon el fuego,
que no sosiego ni vivo,
que no duermo ni descanso,
y en un padecer continuo
paso el curso de mis dias;
para mi no hay regocijos
en la tierra, solo amor
puede llenar el vacio
de mi tierno corazon,
el solo tiene atractivos
para la triste Cecilia;

victima de mi capricho
sea bien ó mal fundado
soy, ¿pero no está á mi arbitrio
el mudar de parecer,
desterrando este maldito
orgullo que me domina,
y me arrastra á un precipicio?
¿mas que dirá cualquier hombre
si sus finezas admito?
que soy una majadera,
que al instante me he creido
que se abrasa, y se consume
por mí; cuando está mas frio
su corazon que una nieve;
escuchará mis cariños
burlándose interiormente,
y con afectos fingidos
rendirá mi corazon
cada vez mas; mi alvedrio
estará al suyo sujeto,
él conocerá el delirio,
el estremo de mi amor,
y abusará, envanecido
de haber asi trastornado
mi cabeza, y mi juicio;
hará alarde en despreciarme,
empleará su artificio
en seducir á otra dama,
y para darme martirio
hará porque yo lo sepa;
con acento dolorido
le daré quejas amargas,

y cerrará los oidos
á mis voces y á mi llanto,
yo que antes habré creido
sinceras sus intenciones,
y su fé pura, á un capricho
atribuiré su mudanza,
y mi pecho enternecido
se prometerá atraerle
á fuerza de amor, suspiros
dulces caricias, finezas,
y cuanto estará á mi arbitrio
emplearé, todo en vano
será; pues mas engreido
de verse asi idolatrado,
mas cruel para conmigo
se volverá, mi pasion
crecerá con su desvio,
despedazarán los zelos
mi pecho, y empedernido
el suyo, se gozará
en aumentar mi suplicio;
y no contento con esto
esplicará á sus amigos,
á otros tigres como él
su triunfo; y el honor mio
será ajado, yo insultada
sin quedarme mas ausilio
que la desesperacion
y el desconsuelo; imagino
que me espongo á todo esto
sino resisto al principio
á ese Dios alma del mundo,

que como vendado y niño
acierta muy pocas veces
en el orden de sus tiros,
que cuando debe dejar
dos corazones heridos,
dispara, y los dos flechazos
suelen ir á un pecho mismo,
y el otro quedarse libre
sin que pueda lo espresivo
del uno, ablandar del otro
lo fiero y endurecido;
cuando aquesto reflecsiono,
el renunciar determino
las delicias del amor
que llevan siempre consigo,
para un adarme de miel
veinte quintales cumplidos
de acibar; y mal por mal
prefiere mi pecho altivo,
llorar á solas su suerte
antes que pueda un maligno
decir, que mi corazon
posee, no siendo mio
el suyo; sufra el desaire
quien osado y atrevido
quiera vencer mi teson,
vean que á ninguno admito,
que al menos de este placer
no me privará el destino.

Sale Teresa.

Teresa. Señora he puesto la ropa

al aire como V. dijo
un rato, ya está oreada,
donde meto los vestidos
en la cómoda ó....
Cecilia. Ya voy
que quiero en el cofrecito
poner todos los pañuelos
con los guantes y abanicos. (*Vanse.*)

Sale D. Francisco.

Francisco. Pues Señor, ya me parece
que la plaza se ha rendido,
y á pesar de mis rivales
se queda el campo por mio,
la primera tentativa
voy á hacer, en este sitio
quiero esperar ocasion
de atacar al enemigo;
que lejos estará ella
de conocer mi designio
por la arenga que la haré,
mas esto no es un delito,
aun para hacer cosas buenas
es fuerza usar de artificio
en ocasiones diversas;
si mis deseos consigo
es para hacerla feliz
sin echarme yo en olvido;
será madre de mi hija,
que tan sagrado apellido
es justo que se le dé
pues lo tiene merecido;

Joaquin llega, que ocurrencia,
este no es muy buen principio.

Sale Joaquin.

Joaquin. Tenga V. muy buenas tardes.
Francisco. Y V. téngalas amigo
muy buenas tambien.
Joaquin. Que tal?
pensó V. en mi encarguito?
Franc. No he dejado de pensar,
pero como me ha ocurrido
cierta idea, mi cabeza
está ocupada, y no he dicho
á Doña Cecilia nada.
Joaquin. Pues que idea, que ha podido
dilatar....
Francisco. La de casarme
con ella.
Joaquin. V.?
Francisco. Yo. Si amigo.
Joaquin. Permítame V. le diga
que se le ha vuelto el juicio.
Francisco. A mí?
Joaquin. Si señor á V.;
porque si los atractivos
de la juventud no pueden
hacer en su genio esquivo
ni aun la mas leve impresion,
como logrará rendirlo
un hombre que ya tendrá
cuarenta y cinco cumplidos?
ja ja ja.
Francisco. Riase V.

pero no me desanimo
por eso, pondré los medios...

Joaquin. No diga V. desatinos,
pero esto será una broma.

Francisco. Nada de eso Joaquinito,
soy formal ya V. lo sabe,
y hablo de veras.

Joaquin. Dios mio!
si me lo hará V. creer?
V. sueña.

Francisco. Ni deliro,
ni sueño, quiero casarme
con Doña Cecilia.

Joaquin. Digo
que está V. de buen humor.

Francisco. No lo crea V. amigo,
cosa es que se ha de saber
con el tiempo: V. escondido
puede tras de esa manpara
escuchar lo que la digo,
y se desengañará.

Joaquin. Pues me oculto, y no replico.
(*Se esconde.*) *y sale Doña Cecilia.*

Francisco. Señora Doña Cecilia.

Cecilia. Que quiere V. D. Francisco.

Francisco. Que si V. no se molesta
la dire....

Cecilia. Ningun amigo
me molesta á mi jamás.

Francisco. En estremo agradecido
estoy al favor de darme
un nombre tan distinguido.

Cecilia. No es favor, V. merece
que asi lo llame.
Francisco. Colijo
que es V. mi buena amiga,
pues lo que hace poco hizo
por mí, lo muestra bastante.
Cecilia. con mi deber he cumplido,
y nada mas.
Joaquin. Esto indica, (*aparte.*)
que lo que el viejo me ha dicho
es verdad por vida de....
Francisco. Yo Señora he recibido
de V. una gracia tan grande,
que si me hiciera el destino
dueño de grandes riquezas
sabria hacer...
Cecilia. D. Francisco,
no piense V. mas en eso,
pues yo Señor he tenido
tanto placer como V.,
la casualidad ha querido
que sea yo el instrumento
de hacerle feliz.
Joaquin. Que he oido!
hay mayor estravagancia!
no me ha engañado el maldito,
me marcho por no escucharlos. *Vase.*
Francisco. Jamas echaré en olvido
este rasgo generoso
de vuestra bondad, repito
que á V. tan solo le debo
el que Ines no haya caido

en ese lazo fatal,
que la hubiera sumergido
en la desesperacion,
y á mi tambien, me horrorizo.
(*Se asoma á el postigo de una ventana que abra á la derecha y vuelve.*)

Ceci. Logramos llegar á tiempo
que es lo principal.

Francisco. Me aflijo
de ver que una sola hermana
que tengo, haya procedido
tan mal, cuando yo por ella
hice tantos sacrificios;
quisiera que todos fueran
sensibles y agradecidos
al bien que otro les dispensa;
abusar de un modo indigno
de la mucha confianza
que hice de ella!

Cecilia. Decidido
está V. á no obedecerme?
Me acuerdo que V. me dijo
que me tenia que hablar
algo....

Francisco. Estaba distraido,
y me olvidé del objeto
que aqui me trajo, deliro
por Ines, hablando de ella
no me acuerdo de que ecsisto.

Cecilia. Con mucho estremo la ama, (*ap.*)
si ha sido tan buen marido
como es buen padre...

Francisco. Un encargo
tengo para V., este chico
que se llama D. Joaquin,
esta mañana ha venido
bastante apesadumbrado;
dice que por el delirio
de un jóven poco prudente
le habia V. despedido,
pero que él nada sabia
del quimérico designio
de D. Enrique, que siente
el haber á V. ofendido
sin querer, y estar privado
de su amistad.
Cecilia. Joaquinito,
ha sido conmigo siempre
un muchacho atento y fino
que nunca se ha propasado,
por esto lo he preferido,
y ha sido el mas duradero
en visitarme.
Francisco. Muy vivo
es; tiene mucho talento,
le conozco desde niño,
está muy bien educado;
su padre es amigo mio
pero nos tratamos poco,
el pobrecito me ha dicho
que con V. me interese
á favor suyo, y suplico
le vuelva V. á permitir
la visite.

Cecilia. Concedido
lo tiene, por dos razones,
una porque se ha valido
de V., y otra porque dice
que no habia intervenido
en la insolencia del otro.
Franc. Yo doy las gracias rendido
á mi señora vecina
por tanta bondad; y que ha sido
lo que ese jóven ha hecho?
que imprudencia he cometido!
disimule V. Señora
la libertad, yo retiro
la pregunta, si V. quiere
callar lo que...
Cecilia. Es muy sencillo,
y no tengo inconveniente
en que V. lo sepa; vino
con D. Joaquin D. Enrique,
y al instante el Señor mio
me dijo, que me adoraba,
que solo habia venido
por verme, y mil disparates
que no debia sufrirlos
una muger como yo.
Francisco. Demasiado atrevidos
son los jóvenes del dia;
son ademas burloncitos,
y casi estoy por decir
que si V. hubiera creido
sus ficciones amorosas,
serviria de platillo.

este caso en el café,
yo compadezco el destino
del bello secso, otro tiempo
no estaban tan corrompidos
los hombres, eran sinceros,
consecuentes, sus cariños
salian del corazon,
sin ser jarabe de pico
sus espresiones y halagos,
perdian hasta el juicio
cuando á una muger amaban,
su amor era siempre fijo
á un objeto, pero ahora
han tomado por estilo,
el amar de mentirejas,
lo mas estraño que he visto
es que ellos del mismo modo
quieren ser correspondidos,
pues si por casualidad
en el grande laberinto
que llevan de cortejar,
hallan un pecho sencillo
que fiado en sus palabras
les demuestra el fuego activo
de su corazon, se burlan
y le desprecian, ¡que inicuos!
vamos yo me desespero
cuando veo de este siglo
el desórden, si yo fuera
muger, me pegára un tiro
antes que ninguno de ellos
hallara el menor abrigo

en mi corazon; si alguno
entre tantos, no es indigno
del amor de una señora,
como encontrarle? lo mismo
dice el bueno, que el malvado,
yo pudiera distinguirlo
que tengo mucha esperiencia
porque no soy ningun niño,
pero no siendo muger,
es inutil....

Cecilia. Ha cumplido
V. los cuarenta años?

Franc. Paso de cuarenta y cinco.

Cecilia. No, pues no lo manifiesta
V. mucho.

Francisco. Es que he vivido,
no como viven ahora
estos jóvenes loquillos,
sino como hombre de bien
aunque mal me está el decirlo;
las costumbres corrompidas
no dejan de hacer su oficio,
porque la naturaleza
no es de piedra, yo he querido
á una muger con buen fin,
ella me ha correspondido,
hemos resuelto casarnos
pronto, porque soy activo
para esas cosas; los padres
de uno y otro han convenido
en este enlace, se ha hecho,
y despues hemos tenido

una paz encantadora;
no me acuerdo haberle dicho
á mi muger en mi vida,
(bien que no me dió motivo)
mal sentada estás ahí;
ha querido mi destino
que la pierda, la he llorado
bastante: mas convencido
de que no tiene remedio,
pues á fuerza de suspiros
no puedo darla la vida,
me he conformado, y tranquilo
vivo, siendo sola Ines
quien ocupa mis sentidos,
jamás me ha faltado nada,
y asi es que desmerecido
no estoy.

Cecilia. Ya se vé, una vida
tan feliz amigo mio
no es para envejecer mucho.

Franc. No me faltan mis ratillos
de disgusto á la presente;
que á pesar de mi juicio
no soy insensible, amor
es el placer mas cumplido
que tiene naturaleza,
y de este placer me privo
porque temo no encontrar
lo que perdí, al tiempo mismo
tengo muy poca paciencia
para sufrir el martirio
de estar viendo á la que amara

sin tener ningun resquicio
de esperanza, yo amaria
para ser correspondido,
mas para ser despreciado
de ningun modo, reprimo
mis pasiones, me distraigo,
y hago por dar al olvido
el objeto.

Cecilia. Y porque causa?
ha probado V. lo esquivo
de la belleza qne adora?

Franc. Como? Si nada la he dicho
de lo que mi pecho siente.

Cecilia. Entonces no hay un motivo
para perder la esperanza:

Franc. Pues ella me abre camino (*ap.*)
le diré mas que pensaba.
Si lo hay.

Cecilia. No lo concibo.

Francisco. Yo sí.

Cecilia. Mire V. que gracia.

Franc. Sé que no qniere marido,
pues ha despreciado algunos
que su mano han pretendido,
y no me debo esponer,
yo tengo el genio muy vivo
y si llegara á casarme
debia ser hecho, y dicho,
porque cuando le dijera
á la Señora que estimo
que le tengo inclinacion,
seria ya decidido

á si decia que si
unir luego mi destino
con el suyo, y si decia
que no, tomar el partido
de no volverla á ver mas
por no padecer.
Cecilia. Me admiro
de ver que V. piense asi
teniendo tanto juicio,
por lo mismo que V. dice
que los hombres son indignos,
quc engañan á las mugeres
sin que puedan definirlos,
no pueden ellas llevarse
tan de ligero, el peligro
temerán á que se esponen
de ser burladas.
Francisco. Yo afirmo
mis palabras con el hecho,
si á una señora la digo
(es una suposicion)
que la quiero, prevenido
tengo el Vicario, y demas
para dejar contraido
al instante el matrimonio,
y le tengo ya rendido
el corazon tiempo hace,
y ademas he conocido
que ella me tiene aficion,
y han de hablar nuestros suspiros
y nuestras tiernas miradas
antes que la lengua, miro

primero si me conviene,
y ella tiene conocido
mi proceder y conducta;
me parece este el camino
mas seguro de acertar
en un casamiento; digo,
no hay regla sin escepcion.

Cecilia. Una duda me ha ocurrido;
V. dice que si esplica
á una dama su cariño
y no lo admite, se aleja;
tambien despues V. ha dicho,
que está de su amor seguro
antes que llegue á decirlo,
entonces ya sabe V.
que dirá que sí.

Francisco. Distingo,
aunque sepa que me quiere,
no sé si por un capricho
sin salir del corazon
me dirá que no al principio.

Cecilia. ¿Y entonces?

Francisco. Entonces? queda
de su imprudencia en castigo
por su poca ingenuidad
sin que sea su marido
el que iba á hacerla feliz.

Cecilia. Amigo, me han convencido
las espresiones de V.
mas perdone si le digo,
que es V. un poco insensible.

Francisco. Porque?

Cecilia. Porque su cariño,
con una sola palabra
se disipa.

Francisco. Y quien lo ha dicho?
me costara mil pesares,
pero á vencerme á mi mismo
estoy muy acostumbrado.

Cecilia. Es ya tarde D. Francisco,
y tengo por precision
que retirarme, infinito
fuera mi gusto en estarme
hablando con V.

Francisco. Estimo
esa buena voluntad
con toda el alma. Ha caido (*ap.*)
en la trampa, pobrecita.

Cecilia. Hasta despues vecinito.
Me voy antes que conozca (*ap.*)
la mucha impresion que hizo
ese discurso indirecto
en mi corazon. (*Vase.*)

Francisco. Dios mio,
disimular no podia
lo turbado, y conmovido
de su alma al escucharme,
mi intencion ha conocido
y la ocasiona una lucha
terrible, creo propicio
en tan agradable empresa
me favorezca el destino
en su decision; si, si,
amor no será el vencido,

sino el vencedor, porque
en sus ojos he leido
mi felicidad, Joaquin
se fué sin duda aburrido
á las dos ó tres palabras
que hablamos, porque ruido
oí de bajar la escalera,
y despues desde el postigo
le ví pasar por la calle;
pero voy...

Sale Elena.

Elena. Hermano mio,
allá está D. Santiago
esperándote; tu hijo
pues mañana lo será.

Franc. Te equivocas, ha ocurrido
cierta cosa, y no podrá
ser tan presto.

Elena. Que delirio!
querido hermano que es esto?
yo no alcanzo ni adivino
que causa puede alargar
este enlace.

Francisco. Lo repito,
no puede ser por ahora.

Elena. Mira que D. Santiaguito
está ansiando este momento,
y la Inesita lo mismo.

Franc. Habrá mayor embustera. (*ap.*)
Marchate Elena te digo,
y no me molestes mas.

Elena. Escúchame Francisquito,

faltarás á la palabra
que le diste ayer, de unirlo
con tu hija?

Francisco. Dejame:
no será nunca mi hijo,
ni puede, ni debe ser.

Elena. Hermano, que es lo que has dicho?
te habrá alguna mala lengua
puesto mal del pobrecito,
es un buen cristiano, y ama
mucho á tu hija.

Francisco. Me irrito; (*aparte.*)
que hipócrita!

Elena. Ella lo quiere,
y merece ser querido
de ti, de mi, y...

Francisco. Del demonio;
ya me tienes aburrido
y no quiero escuchar mas
tus necedades. (*Vase.*)

Elena. Se ha ido
sin respetar á su hermana,
y me ha dejado el inicuo
con la palabra en la boca;
pero aqui hay gato escondido,
el habló con D. Joaquin
y quizá le habrá pedído
á Ines para muger suya,
y D. Joaquin es mas rico
que el otro: Vaya eso es,
y siendo así, no me aflijo,
que se case con quien quiera
mientras salga del peligro.

ACTO CUARTO.

D. Joaquin solo.

Joaquin. Pues Teresa entró á avisarla
me esperaré aqui que venga
y salga lo que saliere
la diré que muy de veras
la amo, y si me despide
volveré, y aunque supiera
no adelantar mas que insultos
ya lo he tomado por tema
y he de venir cada instante,
vaya: si es una verguenza
que se la lleve este viejo,
cuando padecen por ella
tantos jóvenes.

Sale Elena.

Elena. Yo creo
sino me engañan las señas
que D. Joaquin está aquí;
no me equivoqué. Muy buenas
tardes Señor D. Joaquin.
Joaquin. Mi señora Doña Elena,
á los pies de V.
Elena. Yo pienso
que no está bien esta pieza
para hablar, porque es de paso,
y puede venir cualquiera.

Joaquin. Pues que tiene V. Sra.
que decirme?
Elena. Tengo... Venga,
véngase V. que allá dentro
lo sabrá.
Joaquin. Como V. quiera. (*Vanse.*)

Salen Cecilia y Teresa.

Cecilia. No has dicho que me esperaba
D. Joaquin?
Teresa. Es cosa cierta.
Cecilia. ¿Pues donde está?
Teresa. Que sé yo.
Cecilia. Eres Teresa embustera;
dí, porque me has engañado?
Ter. Engañado yo? esta es buena,
si dijo que aquí esperaba,
Cecilia. Ya vés que no.
Teresa. Y quien lo niega,
pero tal vez se habrá ido.
Cecilia. Que dices, si tal supiera...
á mi esta poca atencion y...
por vida de!.. que inquieta
estoy, todo me fastidia,
me incomoda y me molesta,
y ahora darme este chasco
para conclusion de fiesta;
si supiera D. Joaquin
como tengo mi cabeza,
se guardaria muy bien
de apurarme la paciencia;
vete tu, déjame en paz,

y donde yo esté no vuelvas
hasta que te llame.
Teresa. Bien.
segun el tiempo se trueca, (*ap.*)
hoy hace cuarto la luna. (*Vase.*)
Cecilia. Este Joaquin, quien creyera
que se burlaba de mí?
despues qne le doy licencia
para venir, me ha jugado
esta partida tan fea,
hacerme entrar el recado
y marcharse de aqui mientras...
que bien dice D. Francisco,
que jovenes tan troneras!
yo los quisiera querer,
por su figura me petan,
pero por sus cualidades
los aborrezco, yo fuera
tan feliz sino pensára
en ninguno, que molestia
es estar continuamente
con ellos en la cabeza
queriendo y aborreciendo
en una lucha tremenda,
sin saber como acertar;
ya tengo segun mi cuenta
veinte y tres años cumplidos,
y mi vecino cuarenta
y cinco, si no me engaña,
veinte y dos años me lleva,
es muy viejo para mí,
no lo quiero; pero necia

sabes si te quiere él?
si lo sé, que su indirecta
conversacion, á esplicarse
se dirigió, y su destreza
me gustó, fué su discurso
con mucha delicadeza,
dice las cosas de un modo
que las entiende cualquiera,
y si quiere puede hacer
como si nada entendiera,
lo demas es groseria,
mala crianza, estoy cierta
de que D. Francisco es hombre
de consumada prudencia,
de madurez, de juicio...
y si la verdad confiesas
Cecilia, no te disgusta,
aun no tiene canas, cuenta
con que serias madrastra,
y que importa? las pendencias
no fueran muchas; yo quiero
á Ines, y me quiere ella;
que castillos en el aire
estoy formando! pudiera
muy bien ser que D. Francisco
lleve la intencion siniestra
de ver si me hace caer
por burlarse luego, esta
sospecha es injusta, no,
no es capaz de eso, soy terca
en presumir mal de todos;
pero D. Joaquin se acerca

veré que disculpa dá.

Sale D. Joaquin.

Joaquin. Me alegro que esté V. buena,
Señora Doña Cecilia.
Cecilia. Y yo D. Joaquin quisiera
que V. fuese mas atento,
y que aqui no me tuviera
media hora.
Joaquin. Yo confieso,
que es verdad, pero fué agena
esa culpa, me llamó
la Sra. Doña Elena
y no me pude negar.
Cecilia. De los pies á la cabeza *mirándole.*
es perfecto, casi... casi... (*ap.*)
Esa disculpa es muy buena,
pero no me satisface.
Y sabe V. que á la fuerza
se ha empeñado D. Francisco
en que V. á mi casa vuelva,
que yo no queria.
Joaquin. Sé,
que con proteccion tan buena
lo habia de conseguir.
Cecilia. Que significa esa flema.
Joaquin. Nada Señorita, nada.
Que disimular no pueda (*ap.*)
mi pesadumbre!
Cecilia. Me gustan
muy poco las indirectas,
hableme V. claro, claro.
Joaq. Pues quiere V. que asi sea;

sepa V. que todos, todos,
están en la inteligencia
de que el Leon no es tan bravo
como en pintura le muestran,
que insulta V. á los demas
porque dá la preferencia
á un viejo.

Cecilia. Como! insolente!

Joaquin. V. al instante se altera
y no escucha mas razones,
le diré por vez primera
y última, lo que hace al caso,
y V. obrará como quiera;
yo la tengo á V. cariño,
mi aficion es tan sincera,
tan estremada, tan firme,
si mostrarle yo pudiera
por dentro mi corazon,
quizá se compadeciera
de mi situacion: me abraso,
me consumo y nada espera
mi amor en premio, el rigor
debe ser la recompensa
de estar un año adorando
en secreto, la belleza
de V., por no disgustarla
con esplicarme, y las fuerzas
me faltan para callar
viendo que voy á perderla
para siempre, yo no sé
lo que me pasa, estoy fuera
de mí, perdóneme V.

mas permítame siquiera,
el consuelo de venir
á verla con la franqueza
que antes, en esto solo
conoceré si V. aprueba
mis sentimientos, mi dicha
depende...

Cecilia. No hay dependencia
que valga, cuando primero
dice V. con insolencia
que prefiero á D. Francisco,
en seguida me ecsajera
su amor, es para obligarme
lindo medio.

Joaquin. Que imprudencia
he cometido! yo os juro
que mi intencion era buena
pero...

Sale D. Santiago acalorado.

Santiago. Perdonad señora
si la cólera me ciega,
y la libertad me tomo
de entrar hasta aquí.

Cecilia. Está buena:
y que se le ofrece á V.?

Santi. Que el Sr. conmigo venga,
y me dé satisfacion.

Joaq. Primero es justo que sepa
de que.

Santia. de haberme quitado
mi felicidad, yo era
dueño ya de un corazon

que amaba, y tu con bajeza
la has seducido.

Joaquin. Insensato,
no quedará tu insolencia
impune, mientes, yo soy
incapaz de la bajeza
que quieres acumularme.

Santia. Vamos, y menos arengas.

Cecil. Que es aquesto caballeros?

Santia. Que me ha quitado la prenda
de mi corazon, mi esposa.

Ceci. ¡Ay que maula tan completa! (*ap.*)

Joaq. Vamos. Señora es mentira
cuanto dice.

Santiago. No entretengas
el tiempo, vámonos pronto
adonde nadie nos vea. (*Vanse.*)

Cecilia. Que á tiempo por mi fortuna
este desengaño llega!
ya iba yo á precipitarme,
y mas blanda que una cera
estaba; cuan justamente
me infunden todos sospechas;
siempre quise á D. Joaquin,
y si creia que hubiera
algun hombre virtuoso
era él; pero que necia,
que credula soy, Enrique
es preciso que estuviera
de acuerdo con él, si: si;
con esto tan solo prueba
que no me tiene cariño,

porque si bien me quisiera
á presentarme otro amante
es imposible viniera;
lo que acaba de pasar
ninguna duda me deja
de que Joaquin solo trata
de vencer mi resistencia
por antojo, y su intencion
no cs la mas sana, pues vea
que sé vencerme á mí misma
y que asi como se quiera
no se engaña á una muger
que sabe por esperiencia
y por haberlo sufrido,
lo que es un jóven tronera;
me horrorizo de pensarlo,
voy á mi cuarto. Teresa?

Sale Teresa.

Teresa. Señora, que manda V.?
Cecilia. Está ya mi cama hecha?
Teresa. Si aun no es de noche.
Cecilia. No importa,
que me siento algo indispuesta,
y quiero acostarme un poco.
Ter. Pues voy al instante á hacerla.
No me costaria mucho (*ap*).
adivinar su dolencia,
si no es D. Joaquin la causa
que me corten una oreja. *Vanse.*

Salen Cipriano y Elena.

Elena. En esta bendita casa,
no hay donde hablar con reserva,

Inesita está en mi cuarto,
su padre ajustando cuentas
en la sala, los criados
en la cocina, esta pieza
es de paso y es espuesto,
porque la vecina entra
siempre que quiere: no hay nadie
(*registra la escena*)
por aquí: con gran cautela
le has de decir á Gines
que yo lo espero, que venga
al instante, que el asunto
de que se trata interesa
muchísimo, y en secreto
se lo has de decir, tu entra
por la puerta del jardin
con él: cuidado y cautela
es lo que se necesita;
toma la llave y....
Cipriano. Elena,
que pretendes de Gines?
sabes que es un calavera
de marca, y que si tu hermano
en la casa le cogiera,
le daria una paliza,
que cada vez que se acuerda
de los cortes de vestido
que os robó, se irrita.
Elena. Entera
confianza tengo en él,
el nos sirvió sin que hiciera
una falta en cuatro años,

lo de los vestidos era
cosa mia, y si le mando
que se tire de cabeza
á un pozo, lo hará por mí.
Cipri. Ay es una friolera; (*ap.*)
pues yo no haria otro tanto.
Que me dijeses quisiera
el motivo.
Elena. Es que á mi hermano
se le ha puesto en la cabeza
casarse con la vecina,
con esa muger tan necia,
tan vana, y loca, ya ves
que yo cargo mi conciencia
sino lo impido, ademas
ella será entonces dueña
de todo, yo no podré
hacer nada por tí, piensa
que no tendras que comer,
yo estaré siempre con ella
á matar, es cosa clara.
Cip. Y quien te ha dado esa nueva?
Elena. D. Joaquin, yo lo llamé
por preguntarle si piensa
en casarse con Ines.
Cipriano. ¿Que dices?
Elena. Formé esta idea,
porque mi hermano con el
estuvo hablando, y se niega
á cumplir á Santiago
la palabra, él titubea
dice que no, y se sonroja,

mas yo como no soy lerda,
presumo que entre el bribon
de D. Joaquin, y la pesca
de la vecina, distraen
á la chica sin la recta
intencion de matrimonio;
mi zelo, y mi diligencia
por el bien de los demas,
me hace pensar muy de veras
en impedirlo, le doy
á D. Santiago cuenta
de lo ocurrido, y el marcha
á tener una pendencia
con D. Joaquin: á mi hermano
le digo, que como piensa
casar con Doña Cecilia,
con una muger perversa,
licenciosa, que á su hija
vá á perder, y me contesta
que ya quisiera yo ser
tan virtuosa, y tan buena
como la que vitupero,
que soy hipócrita y necia;
para vengarme le digo
que viene á pasar con ella
la noche, un desconocido,
que entra y sale con cautela
por la puerta del jardin,
me dice que le dé pruebas
de tan vil acusacion,
yo creo que lo que resta
conocerás, y la causa

de hacer á Gines que venga.

Cipr. ¿Pero como introducirse
en la casa?

Elena. Dar la idea
queda á mi cargo, tu ves
todo lo pronto que puedas.

Cipriano. Y si por casualidad
tu hermano le conociera?

Elena. No puede ser le conozca,
él saldrá antes que amanezca,
irá muy bien embozado,
atravesará la huerta
y escapa por el paseo.

Cipriano. Estás Elena bien cierta
de que á Gines no conoce
la vecina ni Teresa?

Elena. De que lo han de conocer?
si hace que está el pobre fuera
de casa tres años. *Cipr.* Yo...
la verdad, porque tu veas
que te quiero complacer
lo haré, pero es muy espuesta
la empresa, si se arrojara
D. Francisco...

Elena. Que simpleza,
asomado á esta ventana
conmigo estará en acecha,
y si intentara cogerlo,
primero que dé la buelta
para salir al jardin,
el otro estará ya fuera.

Cipr. Y si despues la vecina

lo que le ha pasado cuenta
y...
Elena. Yo diré que es disculpa,
porque la infame, sospecha
que lo hemos visto salir,
y quiere de esta manera
cubrirse.
Cipr. Voy á servirte,
y salga lo que Dios quiera.
Ele. Ya tienes la llave marcha. (*Vase Cipr.*)
Procurará mi destreza
que Ines se acueste temprano,
y paraque nada vea
mi hermano, de nuevo, yo
me acostaré antes que venga
porque asi siempre lo hago,
Gines vendrá cual centella;
que vivo es aquel muchacho,
toda el alma se me alegra
de acordarme de aquel tiempo
que corria por mi cuenta
el cuidarlo, es tan bribon...
y es mucha nuestra flaqueza
para poder resistir,
me voy quedito á la huerta
que no tardará en venir,
debe entrar por la otra puerta
casa de Doña Cecilia,
pero la salida es fuerza
que sea por el jardin
porque mi hermano lo vea;
y si por casualidad

Francisco no se moviera
de casa esta noche; entonces...
pero ahora se me acuerda,
por fuerza debe salir,
pues D. Silverio le espera
para darle unos papeles
de comercio que interesan;
debo precaverlo todo,
si la vecina dijera
esta noche alguna cosa...
como tiene en esta pieza
Francisco su cuarto, temo...
pero yo haré de manera
que él las obligue á callar,
y le dejen por la guerta
salir; y sino me ven
los criados, aqui fuera
detras de aquesta manpara
me ocultaré, hasta que sepa
que mi hermano se ha encerrado
en su cuarto, voyme á fuera. (*Vase.*)

Sale Cecilia.

Cecilia. En ninguna parte puedo
sosegar, estoy inquieta;
D. Joaquin es un malvado
como todos, no le cuesta
ningun trabajo fingir,
ya es preciso que resuelva
que partido he de tomar,
esta vida me molesta,
es muy sosa y desabrida,
y por mas que me contenga

el que los hombres son malos,
me grita naturaleza
sin cesar; que unirme á uno
es el medio que me queda
de ser menos infeliz,
mas la eleccion es espuesta;
vivir sola es para mi
una agonia muy lenta,
D. Francisco me parece
que ya su edad no le deja
pensar con la variedad
que á los jóvenes, mas guerra
que él me hiciera D. Joaquin,
pero tambien la esperiencia
de su mal proceder, hace
que á mi pesar le aborrezca;
mi sensibilidad es grande,
y si D. Francisco llega
á obligarme con amor,
dedicando sus finezas
á mi sola, le amaré,
será á su lado completa
mi felicidad; dejemos
á la suerte por sí mesma
obrar y...

Sale D. Francisco.

Francisco. Felices noches.
Cecilia. Téngalas V. muy buenas.
Francisco. Tan solita?
Cecilia. Si señor.
Franc. Y triste segun las señas.
Cecilia. No dejo de estar un poco.

Franc. ¿Si adivinase la pena
que la entristece y oprime,
seria V. tan sincera
que me diria que si?
Cecilia. Porque no?
Francisco. Tengo licencia
para hacerlo?
Cecilia. Si señor.
Franc. Se me entorpece la lengua. (*ap.*)
Cecilia. Con cuanta espresion me mira. (*ap.*)
Franc. Lucha V. con mil ideas
contrarias?
Cecilia. Cierto que sí.
Franc. Y quiere V., y no quisiera?
Ceci. Y bien, que quiero, y no quiero?
Francisco. Entender, y que la entiendan.
Pues que calla prosigamos. (*ap.*)
Dire mas; V. es muy tierna,
y creo que del Dios Marte
no puede ser compañera.
Cecilia. Pues que es eso del Dios Marte?
Franc. Lo Diré con menos letras;
V. firmara las paces
á quien declaró la guerra.
Cecil. Y quien me impide lo haga?
Franc. Yo señora lo dijera
pero...
Cecilia. Diga V.
Francisco. El temor
de no hallar lo que mas cuesta.
Cecilia. Quien es tan costoso?
Francisco. Aquello,

que á largos años se cuenta
con muchisima escasez.
Cecilia. Ni una palabra siquiera
os entiendo.
Francisco. Vecinita,
eso lo dice la lengua,
sin que en ello el corazon
á tener parte se atreva.
Cecilia. ¿En que?
Franc. En el desentenderse.
Ceci. Y el que yo me desentienda,
le parece á V. bien?
Francisco. Si.
Cecilia. Una pregunta ligera
haré á V., que es lo que va
tan escaso en nuestra era?
Franc. Un hombre de bien, sincero,
é incansable en la tarea
de amar á una muger sola,
despues de encontrarla buena;
no hablaré mas por no errar.
Cecilia. Y ya para lo que resta.
Franc. Esto va perfectamente. (*ap.*)
Si V. me lo permitiera
la diria...
Cecilia. Diga V.
Franc. V. con dolor observa
que los jóvenes del dia...
Cecilia. Hablemos de otra materia.
Franc. Trataremos de los viejos?
Cecilia. Menos enfado me diera.
Francisco. Muchas gracias.

Cecilia. Y Porque?
Franc. Por el favor que dispensa
V. á las canas.
Cecilia. Y V.
las tiene? que le interesa
el agradecer por otros?
Fran. Mucho me importa que sean
del gusto de V. los viejos.
Cecilia. Ser de mi gusto? V. sueña,
á quien le gustará un hombre
que pase de los sesenta.
Franc. El asunto se mejora. (*ap.*)
Con que segun esa cuenta
no soy viejo todavia,
pues no llego á los cincuenta.
Cecilia. ¿Quien duda que es asi?
Franc. Entonces
seré jóven?
Cecilia. Ni por esas.
Franc. ¿Pues que seré yo señora?
Cecilia. Estará V. en la edad media.
Franc. En la que reina el juicio?
Cecilia. Y se ignoran las rarezas.
Franc. Y si en esa misma edad
hallara V...
Cecilia. ¿Que?
Franc. La prenda
que va tan escasa.
Cecilia. Entonces....
Hablemos de otra materia.
Franc. Diga V. de que.
Cecilia. Yo digo...

que se me quema la cena,
y voy corriendo á apartarla
que mi criada está fuera;
hasta mañana vecino.

Franc. Que seguiremos la mesma
conversacion?

Cecilia. Lo veremos,
que se me quema la cena. (*Vase.*)

Franc. Compiten con su talento
las gracias que la rodean,
no me quiero entristecer
con las infames sospechas
que ha procurado infundirme
mi hermana; y aunque se arresta
á decir que me hará ver
el sugeto que se interna
casa de Doña Cecilia,
cuando en el caso se vea
de no cumplir lo que ofrece,
con una escusa cualquiera
tratará de alucinarme;
tal vez dirá que está fuera
el incognito esta noche,
despues que en vela me tenga
hasta el dia para verlo;
Voy que Silverio me espera,
y he de acostarme temprano
porque levantarme es fuerza
antes del amanecer. (*Vase.*)

Sale Elena.

Elena. Ya tomó por fin la puerta.

(*Despues de escuchar á la puerta de Doña Cecilia.*)
Cipriano entra quedito.
Y Gines?
Cipriano. Abajo espera
que salga tu hermano ¡ay!
si por el hambre no fuera (*ap.*)
no mirara á esta muger
á la cara. (*vuelve á escuchar.*)
Elena. En la escalera
oigo yo á Doña Cecilia
hablar con Gines; ya cierran
la puerta y se queda dentro;
voy á salir de esta hecha
con la mia, me parece
que los oigo de mas cerca,
pero no los puedo ver,
tu marchate antes que vuelva
Francisco; no tardará
segun me ha dicho: yo alerta
estaré hasta que se acueste.
Cipriano. Pues á Dios.
que zalamera (*ap.*)
é hipocrita.
Elena. Ven temprano
por la mañana, que sepas
el resultado de todo.
Cipri. Así lo haré. Hasta la vuelta. (*Vase.*)
Elena. Válgame Dios, lo que vale
ser una muger completa
y bondadosa, el señor
sus virtudes recompensa,

y en todo la favorece.
Consentir que se perdiera
con esa muger mi hermano,
fuera una culpa muy fea
para mí, y aunque me valga
de este medio, siendo buena
mi intencion no importa, el caso
es evitar... pero llega
mi hermano, muy pronto vuelve.

Sale D. Francisco.

Francisco. Tengo dolor de cabeza,
y me quiero recoger.

Elena. ¿Hago que traigan la cena
aquí?

Francisco. No quiero cenar.

Elena. Cuando ya esté el dia cerca
te llamaré.

Franc. Bien está.

Elena. Me alegraré pases buena
noche, á Dios.

Francisco. Anda con Dios.

(*Se entra en su cuarto y cierra; Elena se ha ido y se vuelve á asomar y vase.*)

(*Sale Teresa á obscuras con mucho tiento toca la puerta del cuarto.*)

Teresa. D. Francisco.

Francisco. Esta es Teresa.

Teresa. ¿Está V. acostado ya?

Franc. No muchacha, mas espera
que ya salgo.

Sale.

Teresa. Chito, chito,

sintiera que nos oyeran.
Francisco. ¿Hay alguna novedad?
Tere. Ha llamado á nuestra puerta
un joven muy azorado,
salimos á la escalera
y le pidió á la señora
que por Dios le recogiera,
que lo venia siguiendo
la justicia, mi ama seria
le dice que porque causa;
él entonces le contesta
que por haber defendido
á un infeliz, que en quimera
iban muchos contra él,
y que á uno de la caterva
habia dejado muerto
cuando la justicia llega,
lo siguen, pero él corriendo
por muchas calles traviesa
hasta llegar á esta casa,
que como cae la huerta
fuera ya de la ciudad,
saliendo antes que amanezca
por ella, puede salvarse;
la señora mas no alterca
y le dice, que se quede
si es tanta su contingencia,
él le pide por favor
que los vecinos no sepan
nada de esto; mas mi ama
como Tomas está fuera,
que marchó esta tarde al campo

tiene temor, pues pudiera
ser un malvado este hombre
y dar una mala vuelta.
Francisco. ¿Adonde está él?
Teresa. En un cuarto.
Francisco. Tiene cerrada la puerta?
Teresa. De su cuarto?
Francisco. Pues de que?
Teresa. Si señor.
Fransisco. Si yo pudiera
por el ojo de la llave
verle la cara.
Teresa. V. crea
que se opondrá la señora.
Franc. Razones que la convenzan
paraque me lo permita
le daré yo, bien pudiera
ser enredo de mi hermana,
mucha casualidad es esta;
ve Teresa ya te sigo.
Teresa. Está bien. (*Vase.*)
Franc. Cuando no pueda
conseguir el conocerle,
pondré de modo la puerta
del jardin, que no podrá
salir ninguno por ella
hasta que yo le ecsamine
de los pies á la cabeza,
y si es como me presumo
una farsa, el cielo quiera
que contenga mi furor
la reflecsion y prudencia.

ACTO QUINTO.

Elena y Cipriano.

Cipriano. ¿Que hay Elena?
Elena. Que ha de haber!
yo no sé lo que me pasa,
antes del amanecer
como ya dispuesto estaba,
llamé á mi hermano, y me dijo,
aun es muy temprano: aguarda,
que tengo que hablar contigo;
y por el brazo me agarra,
diciéndome: mala lengua:
muger infame, villana.
no te es tan desconocido
como tu me lo pintabas,
el sugeto que debia
salir esta madrugada
por la puerta del jardin;
aqui le tienes: pasmada
me quedé cuando del cuarto
salió Gines: aterrada,
y sin poder responder
quiero volverme á mi estancia;
pero él no quiso soltarme:
mas irritado me habla,
y me dice: descubiertas
están todas tus patrañas,
me tenias engañado:

mas ya conozco tu alma;
casar querias á Ines
para vivir á tus anchas,
y ahora por ser la dueña
absoluta de mi casa,
querias alucinarme,
quitando el honor y fama
á una dama respetable;
este vil no respirara
á no haberme confesado
la verdad: si saqueaba
mi casa, á tí dá la culpa:
en su presencia te hallas:
desmiente su acusacion.
Yo no respondí palabra;
mas que, todo por Dios sea;
y me dijo: esta mañana
marchate donde tu suerte
te conduzca, buena ó mala;
y agradece á ser mi sangre
que no castigue tu infamia
entregándote á las leyes;
y lo mismo este canalla
por no descubrirte á tí,
que vaya con Dios y vaya
tambien en la inteligencia,
que á la primera que haga
las pagará todas juntas
si yo lo sé: que desgracia!
tanta astucia y precaucion
no me han servido de nada.
¿Que tengo de hacer amigo?

Cipri. Haz lo que te dé la gana.
Elena. Tu me respondes así?
cuando toda mi esperanza
la tenia puesta en tí:
nuestro amor...
Cipriano. Es patarata,
nadie te puede querer:
tu vejez, tu mala facha;
y despues tu hipocresia,
y mal corazon, no halagan
á nadie.
Elena. ¡Valgame el cielo!
de mal corazon me tachas,
cuando te estoy manteniendo
por caridad.
Cipriano. No la usaras
conmigo, si tu interés,
á hacerlo no te obligara.
Elena. Que interés? hombre maligno,
Cipriano. Que interés? muger malvada,
el de seguir tus caprichos,
y aqui me quedo.
Elena. ¡Que haya,
tal ingratitud en el mundo!
Cipr. Yo creo que no se hallan
los ingratos mas que en él.
Elena. Vete de aqui: antes que haga
un escarmiento contigo.
Cipri. Me voy de muy buena gana;
y si á otra muger engaño,
la buscaré mogigata
que vale mas que ellas sufran,

que no las otras. (*Vase.*)

Elena. Pirata:
insolente bruto, espera;
espérate, que te haga
la cabeza de un sillazo
tortilla; que desgraciada
soy! siempre está la virtud
perseguida, é insultada.

Sale D. Joaquin.

Joaquin. Buenos dias Doña Elena:
le tengo que dar las gracias,
porque me ha espuesto á perderme
con sus chismes.

Elena. V. habla,
de veras?

Joaquin. Y muy de veras.
D. Santiago está que salta:
en fin, se ha portado V.
él sin saber, se casaba,
que Inesita no lo quiere,
que es V. quien lo engañaba;
y yo sin casar me quedo,
siendo V. tambien la causa.

Elena. ¡Siendo yo la causa! como?

Joaquin. Doña Cecilia me amaba,
aunque no me lo decia:
y á mi no me disgustaba;
por los embustes de V.
ella vió sacar la espada
para mí á D. Santiago,
diciendo, que le quitaba

el objeto de su amor:
le ha creido: y esto basta
para odiarme; si señora.
Elena. Un cordel á la garganta
voy á echarme. Con que V.
á Doña Cecilia amaba?
¡si yo lo hubiera sabido!
me perdí yo misma! vayan
vayan por amor de Dios,
los trabajos que se pasan
en esta vida: ay de mí!
yo no sé lo que me pasa.
Joaquin. Si yo no hubiera sabido
sosegar con mis palabras
á Santiago, por V.
uno á otro una estocada
nos hubieramos pegado
sin que, ni porque: en la infancia
nos hemos querido siempre;
y aunque por las circunstancias
nos tratamos poco ahora
nos queremos, y la santa,
la bendita Doña Elena,
queria que:::
Elena. Basta, basta,
D. Joaquin: hermano mio,
que somos de tierra y mala
sé muy bien; y le perdono
las injurias que me haga:
mas digame, quien ha dicho
que la Inesita no amaba
á Santiago?

Joaquin. El demonio.

Elena. Estoy atemorizada:

Joaq. Se lo ha dicho D. Francisco,
que ya conoce las maulas
de V.

Elena. Todo por Dios sea:
todas las buenar cristianas
tienen mucho que sufrir,
mas que parece.

Joaquin. Que charla
este demonio de vieja?

Elena. Otro demonio: caramba,
que está la lengua de V.
muy mordáz y endemoniada,
y como yo me endiable,
he de romperle la estampa
de un sillazo: aunque soy vieja
como V. dice, las canas
no me han quitado las fuerzas:
vayase muy noramala
el bribon; y llame vieja....

Joaquin. Vaya: Doña Elena, vaya,
que se esplica V. amiguita,
todas las buenas cristianas
olvidan de cuando en cuando
la prudencia, la templanza,
y...

Elena. Mejor es retirarme,
por no ser mas insultada
de este picaro.

Joaquin. Se va,
sin decir una palabra,

Elena. De mí se burla el inicuo!
Vase y sale Doña Ines.
Ines. D. Joaquin: tengo una gracia
que pedir á V.: es verdad,
que la vecina se casa
con mi padre?
Joaquin. Que sé yo.
Esta es otra que bien baila. (*ap.*)
Ines. Me han dicho que V. lo sabe:
por eso le preguntaba.
Yo me alegraria tanto!
no seria mi madrastra
la vecina, sino madre:
es tan buena: tiene un alma
tan generosa.
Joaq. Cual hieren,
mi pecho sus alabanzas:
cuanto mas buena la pintan,
mas se entristece mi alma;
pero esta niña es preciosa, (*ap.*)
estoy por enamorarla
y vengarme del desaire
que es regular que me haga
Doña Cecilia.
Ines. ¿Con que
V. no lo sabe?
Joaquin. Nada
señorita sé.
Ines. Quisiera
decir á V. en confianza
una cosa.
Joaquin. Diga V.

Ines. Que presente V. le haga
al Señor D. Santiago,
que yo no soy su contraria:
que aunque mi tia queria
que por fuerza me casara
con él, yo no le aborrezco;
pues mi tia es la culpada
solamente; no quisiera,
que ninguno se agraviara
por culpa mia.

Joaq. Muy bien.
Que candor! V. me manda
otra cosa señorita?
pues haré de buena gana
cuanto V. guste.

Ines. Me mira
con mucha atencion. (*ap.*)

Joaq. Me encanta
ese modo de pensar
bella Inesita, V. ama
el claustro?

Ines. Yo? no señor.

Joaq. Pues que idea tan estraña
es la de V. en despreciar
á Santiago?

Ines. Adivinarla
puede cualquiera, ese joven
no me gusta.

Joaq. Si lograra
yo la dicha de agradaros,
mi ventura no trocara
por la corona de un rey.

Ines. Jesus! que pronto se inflama
vuestro corazon, mas esto
pase por ser una chanza.
J*ooquin.* Es de veras Inesita:
que me dice V.?
Ines. Yo? nada.
J*oaq.* Nada, con que no merezco
una respuesta?
Ines. Parada (*ap.*)
me ha dejado, yo no sé
que decirle, á mí me agrada
pero no se lo diré
que me dá verguenza.
J*oaquin.* Calla, (*ap.*)
buena señal, no perdamos
del todo las esperanzas.
Ya que sigue V. callando (*á ella.*)
puedo esperar que mañana
me diga V....
Ines. Yo no sé.
Estoy mas atribulada, (*aparte.*)
permita V. me retire (*á él.*)
por si mi padre me llama. *vase.*
J*oaq.* Es bonita como un cielo,
se ha puesto tan colorada
cuando la he dicho... Me voy
y en esta misma mañana
vuelvo, y si Doña Cecilia
sigue con la estravagancia
de querer al cuarenton,
muy buen provecho le haga. (*vase.*)

Sale Doña Cecilia y despues Teresa.

Cecil. Las cosas que han ocurrido,
en esta noche pasada!
estoy aturdida; vamos:
yo estaba tan descuidada,
y se me tendia un lazo
paraque me criticaran
de hipocrita, nada menos;
que en publico despreciaba
á los hombres; y en secreto
sin decoro me trataba
con ellos. Valgame Dios!
de lo que es capaz un alma
como la de Doña Elena.
Teresa. Señora: dice la blanda
la bendita Doña Elena
que D. Joaquinito...
Cecilia. Calla
y otra vez á D. Joaquin
no me nombres: en mi casa
no entrará mas.
Teresa. Si es que dice...
Cecilia. Sea lo que fuere, nada
quiero saber, su amistad
me pudiera ser amarga
con el tiempo; la ocasion
es fatal para una dama,
que sabe amar y sentir.
Teresa. Señora: V. amar?
Cecilia. Mañana
lo has de saber: es igual

que lo sepas hoy: yo amaba
á D. Joaquin: mi placer
era mostrarme tirana
con él, y con los demas,
porque nunca se burlaran
de mí; ó por no dar con uno
que despues me maltratara:
D. Francisco, me parece
que no tendrá tantas faltas
como un joven para esposo:
quizá me equivoque; nada
de particular tuviera,
¿pero que muger se casa
que esté del todo segura
de su suerte? en fin, cansada
de vivir sola, he resuelto
casarme con él: me ama,
ó al menos me lo parece;
despues saldrá lo que salga.

Teresa. Permítame V. Señora
la pregunte, si se casa
por cálculo, ó por amor.

Cecilia. Por las dos cosas.

Teresa. Pensaba,
que era por cálculo solo,
como teme V. le haga
con el tiempo D. Joaquin,
segun se ha esplicado, amarga
su situacion: me creí...

Cecilia. Es prevencion necesaria:
yo pecaré de ignorante,
pero no de confiada.

Amo á D. Francisco: en mí,
creo que no habrá mudanza;
pues me conozco, en amar
soy constante y estremada;
seré dichosa con él;
pero si me visitara
como hasta aquí D. Joaquin,
pudiera ser que olvidara
con el tiempo su perfidia;
y mi reposo turbara:
que estar viendo de continuo
á una persona que amaba
en otra ocasion, seria
imprudencia muy marcada;
por otra parte, mi esposo
pudiera dar en la gracia
de dudar de mi cariño;
y como poco le falta
para tener blanco el pelo,
con facilidad pensara,
que me habia distraido;
y si en ello se empeñaba,
podia ser lo lograse
a mi pesar, en venganza;
porque á los hombres les nacen
los zelos entre las canas:
y entre los zelos se crian
des cosas opuestas: rabia,
contra el que los tiene: amor,
al objeto que los causa.
Teresa. V. piensa bien señora;
pero creo no repara,

en que D. Francisco tiene
dentro de casa una hermana.
Cecilia. Hermana! sino lo fuera,
quizá en ello me parara;
pero....
Teresa. Como es tan perversa!
Cecilia. Quiere echarla de esta casa
hoy mismo; Inesita viene.
Teresa. Y yo me voy. (*Vase.*)

Sale Doña Ines.

Cecilia. De mañana
te has levantado Inesita,
ya vienes tan bien peinada...
Ines. Es lo primero que hago.
No sabe V. lo que pasa,
D. Joaquin dice me quiere,
y si de veras hablara
y mi padre consintiera
á mi no me desagrada,
tiene muy buena persona
y es espresivo.
Cecil. Que infamia!
engañar á esta inocente. (*ap.*)
Ines. Mi padre, no digais nada (*Viéndolo venir.*)
hasta que hablemos despues. (*Vase.*)

Sale D. Francisco.

Franc. ¿Está V. algo descansada
de la mala noche?
Cecilia. Sí;

me dormí esta madrugada,
despues que V. se llevó
aquel hombre: que miradas! (*ap.*)
parece que está V. triste. (*á él.*)

Franc. Siento vecina en el alma
tener que hacer diligencias
para mudarme de casa.

Ceci. Que, no está V. bien en esta?

Franc. No Señora.

Cecilia. Porque causa?

Franc. Porque en ella... yo no puedo
articular mas palabra.

Cecilia. ¿Que tiene V. D. Francisco? (*Con dulzura.*)

Franc. Señora... mudar de casa
me conviene.

Cecilia. V. delira.

Franc. Yo... no sé lo que me pasa.

Cecilia. Y si yo lo adivinase
V. me lo confesara?

Franc. Si señora: si señora.

Cecil. Tiene V. incierta esperanza
sobre una respuesta?

Francisco. Sí.

Cecilia. Quisiera V. una fianza,
antes de hacer la pregunta?

Francisco. Si señora.

Cecilia. Y si le daban
esta seguridad? entonces...

Francis. Entonces, yo preguntara
á la que el alma me roba,
si me llevaba en el alma.

Cecilia. Y si decia que sí?
Franc. De una vez se coronaran
mis deseos, y los suyos.
Ceci. D. Francisco: es lo que basta.
Pues nos hemos entendido,
puede V. mudar de casa.
Franc. Señora: que dice V.?
Cecil. Lo que V. señor acaba
de escuchar.
Franc. Por vida de...
que este desaire me haga! (*ap.*)
Señora, me mudaré:
á este fin voy á buscarla.

Se entra en su cuarto.

Cecil. ¡Que mi orgullo no me deje,
ceder! ya dispuesta estaba
á casarme; y de improviso
he respondido... mi alma
se entristece; y no hay remedio:
él con burlas no se anda,
y si á la primera vez
le dicen que no, las planta.
Pero él sale.

Sale D. Francisco.

Franc. A Dios señora.
Cecil. D. Francisco V. se marcha?
Franc. Si señora, á obedecer
á la dueña de esta casa:
á buscar habitacion.
Cecilia. No tiene V. que buscarla,

pues está en la suya.
Franc. Yo no tengo ninguna.
Cecilia. Vaya,
que no me ha entendido V.?
Franc. La proposicion es clara:
de casa mudese V.
Cecil. Y quien de aquesta mudanza,
habló primero?
Franc. Yo fuí:
mas V. despues...
Cecilia. Cachaza:
si le digo que se quede,
se atreverá V. á dejarla?
Franc. No señora.
Cecilia. Yo no quiero
que jamás V. se vaya.
Franc. Ni yo jamás quiero irme.
Cecilia. Pues quedémonos en casa.
Francisco. Y ahora?
Cecilia. Que hemos de hacer?
Franc. Tener la boca cerrada,
que á veces dicen las obras,
mucho mas que las palabras.

Le dá la mano á Doña Cecilia y ella le alarga la suya.

Está V. contenta?
Cecilia. Sí:
y V.?
Franc. Si es cierto se halla,
placer completo en la tierra,
es el que mi pecho acaba

de recibir, tal ventura
á fe mia no esperaba.

Sale Teresa.

Teresa. D. Joaquin señora espera
licencia para entrar.
Cecilia. Anda,
y dí que no puede ser;
y que no vuelva á esta casa.
Franc. Espera: dile que venga.
Teresa. Carambas y como manda! (*ap.*)
si tendrá ya las licencias
de marido? (*Vase.*)
Cecilia. Y porque causa?...
Franc. Tengo que hablarle.

Sale D. Joaquin.

Joaquin. Señores
buenos dias.
Franc. Que mudanzas,
suele nuestra suerte hacer
amigo!
Joaquin. Quizá no es tanta
como á V. se le figura.
Franc. ¿Porque razon?
Joaquin. Si agraviada
está de mi la señora,
yo le probaré, que en nada
he pretendido ofenderla:
que fué enredo de su hermana
de V., y quiza convencida,
se muestre menos ingrata.

Franc. Con V. menos esquiva?
Joaquin. Conmigo, si Sr.
Franc. Vaya,
á que me pongo á reir?
Joaquin. Me dá gusto la soflama.
Franc. Y á mí me dá compasion
V.
Joaquin. Yo? puede guardarla
para sí, que acaso tarde
muy poco en necesitarla.
Franc. Joaquinito: está V. triste?
Joaquin. D. Francisco me dán ganas
de decirle á V. que está
equivocado; esa dama
no puede ser...
Franc. Para V.
que está conmigo casada.
Joaquin. Habla V. de veras.
Franc. Que?
si á los mozos despreciaba,
como habia de querer
á quien! ja, ja, ja...
Joaquin. Son raras
las mugeres: está visto.
Franc. Amigo no entienden nada
los jóvenes, y confian
en solo la circunstancia
de sus pocos años; vale
mas que el mérito, la maña
en algunas ocasiones.
Sale Elena.
Elena. Ya está mi ropa liada:

voy á llamar á mi hermano,
para ver si me señala
algo, con que pasar pueda (*ap.*)
como hasta aquí descansada;
porque el trabajar es cosa
para mí, un poco pesada.
Joaq. Por no ver á esta muger (*ap.*)
estoy por marcharme.
Franc. Nada
de rencores Joaquinito,
esto no sea una causa
para reñir: yo he tenido
mas suerte, y me conformara
si hubiera sido al reves.
Joaquin. Ya me hago cargo:
una gracia
tengo que pedir á V.
Franc. Yo le doy á V. palabra
de servirle en cuanto pueda
Joaq. Pues es que Inesita...
Cecilia. Basta,
un caballero agraviado
á quien el señor robaba
la esposa, vino á pedirle
dentro de esta misma casa
satisfaccion, si mi hija
fuera Ines, yo la negara
á un hombre que asi procede.
Joaq. Se equivoca V. madama,
el que vino á provocarme
fue el mismo que se casaba
con Doña Ines.

Franc. Es verdad.

Teresa. Esto es lo que yo intentaba
esplicar á mi señora
me hizo callar y...

Franc. No hablaba
de memoria el pobre hombre.

Joaq. Si tal, pues yo no pensaba
en eso, hace poco rato
que la dije que le amaba
y lo repito, ella viene,
V. puede preguntarla
y verá como es así.

Cecilia. No es tanto como pensaba,
pero al fin es variable. (*ap.*)

Sale Doña Ines.

Franc. Inesita dime amabas
á D. Joaquin?

Ines. No Señor.

Franc. Y él te ha dicho esta mañana
que te quiere?

Ines. Si señor.

Franc. Y tu que dices?

Ines. Yo nada.

Cecil. Le gusta, á mi me lo ha dicho
hace poco.

Franc. Si V. trata
de casarse con mi hija
se la daré cuando haya
pasado algun tiempo, cuando
vea que no es por venganza

sino por amar de veras
pretension tan impensada;
y he de ver á ella primero
ciegamente apasionada
de V.

Joaquin. A todo me convengo.

Franc. En cuanto á lo demas nada
tengo que decir de V.
Ola! la bendita alaja (*repara en ella.*)
de mi hermana, ¿no te he dicho
que jamás te presentaras
delante de mí? creí...

Elena. Mira lo que me señalas
primero para vivir:
pues no me iré, sin que hagas
una justa obligacion
de mantenerme; y te engañas
en pensar que salga yo,
ni aun á tiros de esta casa,
hasta que se verifique.

Franc. Sú desverguenza me pasma;
¿aun te atreves á abusar
de mi mucha tolerancia?
Vete Elena: no me obligues,
á que un disparate haga.

Cecil. No se altere V, tambien
una cantidad diaria
tengo yo que dar: y creo,
que V. no me dirá nada
por eso.

Franc. Como es posible?

Elena. Será para algun mal alma. (*ap.*)

Cecilia. La de Doña Elena es
la pension que yo indicaba
á V., fuera de disputas;
y no se hable mas palabra
de este esunto.

Franc. Lo comprendo;
V. de que aprenda trata
á obrar bien, se engaña V.
El que comete una falta
por debilidad, ó capricho,
suele despues repararla
con el arrepentimiento.
Si el ofendido le ampara
con una accion generosa,
queda en su pecho grabada
para servirle de guia
en lo sucesivo, un alma
que ya se cree perfecta,
y está de su obrar ufana,
no conoce sus defectos:
las intrigas, las venganzas,
las bajezas, son virtudes,
si ella debe egecutarlas.
Ella sola es virtuosa,
todas las demas son malas;
y aunque V. le haga ese bien,
no conseguirá que salga
de su error; y que conozca
que obra mal; y aun apostara,
á que atribuye á su suerte
el estado en que se halla;
y no á su mal proceder,

No le arriendo la ganancia:
aborrecida de todos,
miserable, despreciada;
sin amigos, sin parientes;
cual se merece arrojada
del seno de su familia:
este es el premio que alcanza
la hipocresia; al contrario
la virtud, por mas que hagan
los que intentan destruirla,
á la corta, ó á la larga
brilla como el claro sol:
la consecuencia es bien clara:
ella á su propio interés
sacrificar intentaba
la felicidad de Ines:
dejar á V. deshonrada.
Cuando pensó hacer su dicha,
sumergiendo en la desgracia
á dos víctimas, entonces,
su ruina fabricaba:
ella se mira perdida:
V. en los brazos descansa
de un hombre de bien, que aprecia
sus virtudes, y sus gracias:
bien estimada de cuantos
la conocen, y la tratan,
por sus bellos sentimientos.
¡Hija mia! tu edad escasa (*á Ines.*)
puede sacar gran partido
de esta leccion: es muy sana;
y te puede ser muy útil

si sabes aprovecharla.

Elena. Aunque mas me vituperes
yo pienso bien y me basta...

Franc. Vé V. si es lo que yo he dicho?
La sobervia, la ignorancia,
y la vil hipocresia,
por mas que se diga y haga
nunca se dán á partido;
Dios nos libre de estas plagas.

FIN.

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
17.	15.	persones.	personas.
22.	21.	¡A !	¡Ah !
id.	27.	Flena.	Elena.
37.	15.	resbilon.	resbalon.
39.	12.	dada.	duda.
48.	7.	con.	Con.
75.	15.	guerta.	huerta.
77.	22.	Diré.	diré.
79.	1.	Porque.	porque.
84.	10.	Fransisco.	Francisco.
90.	7.	buenar.	buenas.
96.	28.	des.	dos.